

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

DIES PETRI.

De la palabra *júbilo* se deriva el nombre de *jubileo*, y el que en estos momentos ocupa la atención del mundo católico es una evidente confirmación de su etimología. Siquiera sea por un intervalo más ó menos breve, los hijos predilectos de la Iglesia enjugan sus lágrimas, dan una tregua á sus gemidos y se desnudan del luto que visten sus corazones. Viva y profunda es la satisfacción que experimentan al ver que en medio de las persecuciones que está sufriendo su tierna madre, se les ha ofrecido esta propicia coyuntura para manifestarle su inquebrantable adhesión, su filial respeto y su acendrado cariño. Por todas partes resuena el cántico de alabanza que elevan los oprimidos, y este armonioso concierto viene á ser una elocuente protesta contra sus opresores. Los montes y colinas de Israel saltan como corderillos que retozan al lado de sus madres, y la tierra toda se conmueve á la presencia del Señor, á la presencia del Dios de Jacob; porque Él es el ayudador y protector de los que en Él esperan y en los infinitos recursos de su poderosa diestra humildes confían. El gozo se anida en los pechos de los verdaderos creyentes, y se traduce en múltiples y expansivas demostraciones hasta donde lo permite el tiránico imperio de una *libertad* suspicaz y recelosa. El jubileo pontificio, que precisamente en estos días se está celebrando en todos los ángulos de la tierra, señala un

hecho de tal manera extraordinario que no sería abusar del lenguaje el calificarlo de maravilloso. Es un fenómeno que sin salirse del orden natural tiene sin embargo visos de portentoso. Los filósofos miopes que nada ven más allá de las hipótesis astronómicas lo llamarán *casualidad*; nosotros levantamos los ojos aun más arriba y reconocemos que el dedo de la Providencia dirige por inescrutables vías cuanto en el mundo acontece.

No hay mes en el año, y apenas hay día en cada mes que no sea aniversario de alguna exaltación al solio pontificio; pero el 16 de junio será una fecha perpetuamente memorable en los fastos de la Iglesia. Porque no solamente recuerda la elección de un papa que entre todos descuella por la dulzura y fortaleza de su carácter, por la grandeza de sus virtudes y tribulaciones, por la multitud y celebridad de los acontecimientos que eternizan su historia, sino también por haberse repetido el mayor número de veces durante un pontificado. Ninguno de los sucesores de san Pedro había tenido la dicha de entrar en el vigésimo sexto año de su dignidad suprema. Nosotros vemos lo que nuestros padres nunca vieron, lo que raras veces ó nunca verán nuestros hijos. Generación afortunada somos, puesto que si mojamos nuestros labios en el cáliz de la amargura, también de vez en cuando probamos el vino que alegra el corazón y le vigoriza con inefables consolaciones. *Non videbis dies Petri* era un aforismo histórico

que casi se había convertido en tradición religiosa, merced al cálculo de las probabilidades de la vida humana y á una curiosa observación nunca desmentida por unos anales que abarcan el espacio de diez y ocho siglos. Esta especie de profecía se ha cumplido en mas de doscientos cincuenta pontífices; pero, por mas autorizada que estuviese como conjetura humana, faltábale el sello de infalibilidad que caracteriza la palabra divina. ¡Y cómo quisieran los incrédulos que estuviese enclavada en el símbolo de las creencias católicas, para tener el gusto de cogerlas en flagrante error, en engaño manifiesto! Cual si fuese para preservarlas de este nuevo ataque, público es y notorio que hace mas de cuatro años nuestro inmortal Pio IX observó agudamente que la frase proverbial aplicada á los pontífices no era dogma de fe. Y si esto fué un presentimiento de que él franquearia el límite que nunca habían traspasado sus antecesores; por cierto que ni en su edad avanzada, ni en sus habituales dolencias, ni en las aficciones de su espíritu, ni en las turbulencias de su reinado podia fundar las esperanzas de tan singular privilegio.

El término medio de la vida de un pontífice apenas pasa de siete años, y en estos últimos tiempos cuatro papas han llenado el espacio de noventa. El reinado de Pio VI alcanzó la duración de veinte y cuatro y medio, un año faltó á Pio VII para igualarse con él, y Pio IX le lleva ya algunos meses de ventaja. Solamente Leon XII y Pio VIII ocuparon por breve tiempo la silla pontificia, y precisamente en la época de la Restauración, que fué para la Iglesia el plazo de una tregua arrancada á sus enemigos. ¿Será que la persecución á la Esposa de Jesucristo aumente la vitalidad de los que Él constituye en vicarios suyos? ¿Será que la longevidad de los pontífices haya de estar en razon directa con la ferocidad del odio con que se anhela su fallecimiento? Triunfaron las doctrinas revolucionarias á fines del último siglo, y ya se dijo entonces que el catolicismo había muerto, que el reinante seria el último papa. Y vive todavía el catolicismo y tiene hondas raíces en el

corazon y en la inteligencia de muchos millones, y un papa y otro papa y otros mas se han sentado sucesivamente en la cátedra apostólica. A pesar de tamaña decepcion, que está patente en las páginas de la historia y deberia rasgar la venda que cubre los ojos de tantos ilusos, se prosigue diciendo que el catolicismo ha muerto y que Pio IX terminará la serie de sus ilustres predecesores, como si las llaves que empuña para abrir las puertas del cielo ya no hubiesen de servir mas que para cerrar la tumba del pontificado. Y como si fuera sobrado largo el plazo que la impiedad de mala gana admitia para llegar á su bello ideal, no cesaba de anunciar un dia y otro dia, por medio de telégramas, de periódicos y de cartas, ya la recrudescencia de los achaques, ya nuevos accidentes, ya la muerte misma del insigne varon que á su juicio le retardaba el cumplimiento de sus desalmados instintos. Y el catolicismo vive y reflorece á medida que se le persigue, y Pio IX vive tambien y con tranquila y serena frente aguarda que le llegue su hora, no la que apetecen los hombres sino la que Dios en sus inescrutables juicios le tiene señalada. Una losa cubrirá su sepulcro; pero esta losa no será la del catolicismo ni la del papado: en ella se esculpirá el nombre de Pio; mas no el *finis ecclesie* como lo anuncian los arúspices de la impiedad. Se ha querido suponer que el afecto personal de un poderoso de la tierra era toda su salvaguardia, que el trono pontificio lo ocupaba mas bien como amigo del César francés que como representante de Jesucristo, que si llegara á faltarle aquel apoyo se daria al mundo el extraño espectáculo de un papa jubilado por la supresion de destino, y he aquí que por el rudo golpe de inesperados acontecimientos el fuerte, el pujante, el valedor no ha podido valerse á sí mismo, y el humilde, el débil, el desvalido, por mas que supeditado y prisionero, conserva todavia incólume la investidura de una dignidad que ha de perpetuarse hasta la consumacion de los siglos. Él habrá visto los dias de Pedro; mas ellos no verán los dias que con febril ansiedad esperan, porque si solamente es una frase proverbial *non videbis*

dies Petri, es un dogma de fe *et portæ inferi non prævalebunt adversus eam*.

No se quiere creer en el evangelio; pero ¿acaso la historia no es á veces un comentario de ese divino testo? Basta hojear la contemporánea para columbrar los reflejos de una luz indeficiente que brilla tras el velo de los acontecimientos humanos. De los cuatro vientos cardinales se disparan saetas á la Iglesia de Jesucristo, ¿cómo no entrever el escudo sobrenatural en que estos dardos resbalan y se despuntan? ¿Cómo no entrever el brazo poderoso que sostiene y conforta y dirige al supremo gerarca de esta misma Iglesia? Conociendo el espíritu y las tendencias y las aviesas pasiones que predominan en la época presente, conociendo la dura cervíz de la actual generacion y los sucesos, así prósperos como adversos, que se han ido entretrejiendo en la vida de nuestro inmortal pontífice, mal se puede poner en duda la intervencion de la divina Providencia.

«Oh! esclamarán sus enemigos, es verdad que en no pocas ocasiones se ha librado del lazo que habíamos tendido á sus piés, que en su aparente debilidad se han estrellado mil veces nuestros esfuerzos, que de donde menos lo sospechábamos le han sobrevenido oportunos auxilios, que los sucesos no marchaban con la rapidéz que apetecíamos, que surgian no previstos incidentes para obstruirnos el camino, que cien y cien veces han quedado fallidos nuestros pronósticos y hemos tenido que prorogar nuestras esperanzas; pero, por fin hemos arrojado á ese inerme anciano del trono que ocupaba en Roma, le hemos arrancado esa corona de rey para trasladarla á las sienes de un príncipe seglar. Nuestra es la victoria.» Habéis conculcado todos los derechos mas santos y respetables, sois inícuos y os gloriais de vuestras iniquidades; pero ¿habéis llegado ya á vuestro bello ideal, al logro de vuestra aspiración suprema? ¿Para reducir á simple capital de Italia la que era asombrosa capital del orbe católico, habéis urdido tan maquiavélicas tramas, cometido tantas perfidias, arrostrado tantos sacrilegios? Roma capital de Italia! Ese pretesto lo inventó una do-

cena de embaucadores para arrastrar algunos millares de embaucados. ¿Por ventura la Italia seria una potencia de menor categoría si fuera su capital Nápoles, Milan ó Florencia? ¿Habéis olvidado por completo los telégrafos eléctricos y la velocidad de los ferro-carriles? ¿Era la España menos grande cuando tenia su corte en Valladolid, ó se rebajaria aun mas si el capricho de un monarca la trasladase á Toledo? Cuestion secundaria, que no era para vosotros un fin sino un medio. Queríais destruir el poder temporal porque creísteis que su destruccion llevaria trás de sí la ruina del poder espiritual. Así lo han confesado mil veces los revolucionarios francos para remordimiento y vergüenza de los revolucionarios hipócritas. No, no os hacia falta la soberanía de un puñado de tierra; lo que anhelabais era el aniquilamiento de la soberanía que viene de Dios para entronizar así la soberanía de las turbas. Y sino decid ¿con la ocupacion de Roma ha cesado vuestro odio al pontificado? Ya la teneis, ya teneis á la matrona convertida en ramera, ya teneis la ciudad santa hecha ciudad profana, cogedla bien, cerrad ambas manos, apretadlas fuertemente; porque el hombre no sabe lo que el Señor en sus profundos secretos ha decidido. El piso de sus calles parece que está quemando las plantas de los piés á sus invasores, y los ecos de sus ruinas en las altas horas de la noche murmuran: usurpacion! sacrilegio! Y entretanto el venerable pontífice, el gran mártir del siglo XIX, por mas que despojado y prisionero, duerme en ella tranquilo y resignado, y confia en la Providencia que sabe mil caminos desconocidos, y bendice la misericordia divina que ha prolongado sus postreros años y le ha librado del fatídico acento que resonara en sus oídos diciéndole: *non videbis dies Petri*.

De cada mil nacidos muy contados son los que llegan á octogenarios; y bien podia estar destinado á ser uno de ellos el hijo de los condes Mastai Ferretti: bien pudo la naturaleza haberle concedido las mejores dotes de complexion y temperamento. Mas, quien lea atentamente la historia de Pio IX, y considere la amargura del caliz que le ha tocado beber

y le siga paso á paso en el doloroso via-crucis que ha recorrido, y comprenda las espinosas situaciones en que se ha visto, y sondee los profundos pesares que en su corazón se han albergado, ¿podrá no asombrarse de que su frágil cuerpo á tan duras pruebas haya resistido? ¿Por ventura los dolores del espíritu, siendo tan íntimos y tan diversos, tan multiplicados y tan duraderos no bastan para triturar la organización más robusta? Oh! y qué bien le cuadra el lema *crux de cruce* que según las supuestas profecías le corresponde! Martirio como el suyo solo puede comprenderlo el que lo ha padecido. Dios ha tenido de gozo inmenso, de júbilo inefable: algunas veces ha subido al Tabor; pero su habitual mansión ha sido el Calvario. Su diadema ha resplandecido en las horas de su alegría con el oro y las piedras preciosas; pero también ha sido una tiara de plomo, una tiara de hierro candente. Y sin embargo Dios ha prolongado su vida para consuelo de los fieles que tan entrañable cariño profesan á su bondadoso padre: Dios le ha concedido el privilegio de que viera los días del santo apóstol. Obra es esta de la diestra del Altísimo, cuya providencia nada dispone á ciegas ni por mero capricho. ¿Quién es capaz de escudriñar los designios que en la mente divina se ocultan? Resignémonos y esperemos.

T. AGUILÓ.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO III.

SOBRE LA DISTINCION ENTRE FILOSOFÍA MORAL Y TEOLOGÍA.

(Continuacion).

Cualquier sentimiento de perfección se imagine, en el Evangelio se encuentra: exáltense los deseos del alma más exenta de pasiones personales hasta el sumo ideal de la belleza moral, y no sobrepujarán la región del Evangelio. Y al mismo tiempo no se encontrará sistema alguno de perfección al cual no se pueda señalar con el Evangelio un motivo racional, preponderante, y ligado naturalmente con toda la revelación.

¿Es bello el perdonar las ofensas, el tener un corazón inalterable, apacible y fraternal para quién nos odia? Quién lo duda? Pero por qué deberé yo tenerlo así, si todo me arrastra á los sentimientos opuestos? Porque tú no puedes odiar á tu hermano sino como causa de tu mal; si no lo es, tu odio es irracional é injusto: pues él no te ha hecho mal; tu voluntad sola puede dañarte, realmente: él se ha hecho mal á sí mismo, y merece que le compadezcas. Si la ofensa te escuece es porque das á las cosas temporales un valor que no tienen, porque no sientes habitualmente que Dios es tu solo bien, y que ningún hombre, ninguna cosa pueden arrancarte de él. Tu odio procede pues de tu corazón corrompido y del extravío de tu razón: purifica el uno y corrige la otra y no podrás odiar. Además tú reconoces como el deber más sagrado el de amar á Dios sobre todas las cosas: debes pues desear que sea glorificado y obedecido: ¿te atreverías á querer que alguna criatura racional le negase su homenaje, se rebelase contra su ley? Este pensamiento te horroriza, desearás pues que todos los hombres sirvan á Dios y se mantengan en el orden: si así lo haces, tú les desearás á todos los hombres la perfección, la suma felicidad; tú amas á todos los hombres como á tí mismo.

¿Es bello el dar la propia vida por la verdad y la justicia, el darla sin testigos que te admiren, sin que nadie te compadezca, en la seguridad de que engañados los hombres te acompañarán con execraciones, que el sentimiento de la santidad de tu causa fuera de tí no se estenderá ni encontrará apoyo? No hay hombre que no lllore de admiración al oír que otro hombre haya abandonado la tierra de este modo. Pero quien probará que sea racional el hacerlo? ¿Qué motivo hay para que se deba renunciar al sentimiento que domina todo nuestro ser, al deseo de hacer participar á almas inmortales como la nuestra de nuestro más alto y profundo sentimiento? Porque cuando para seguir la justicia no hay más camino que la muerte, es cierto para nosotros que Dios nos ha señalado aquel camino para llegar á él; porque el siglo actual no tiene en sí mismo su complemento; porque la necesidad que tenemos de ser aprobados no estará satisfecha hasta que veamos que Dios nos aprueba; porque es leve cualquier sacrificio nuestro comparado con el inefable sacrificio del Hombre-Dios, á quien debemos asemejarnos si queremos tener parte en su reino.

Estos son los motivos porque millones de débiles criaturas, con aquel auxilio divino que hace fáciles todos los deberes, han hallado que la determinación

mas admirable y difícil, la de morir por la verdad entre tormentos, era la mas racional, la sola racional, y la han abrazado. Prodigiosa historia la de la religion! en la cual el acto de virtud mas superior á las fuerzas humanas es quizás el de que son mas comunes los ejemplos.

No puede imaginarse ninguno para el cual el Evangelio no dé motivos: no puede imaginarse un sentimiento vicioso que segun el Evangelio no suponga una idea falsa. Pregúntese á un cristiano en cualquier caso cual sea la resolucion mas racional y útil, y deberá contestar: la mas honesta y generosa.

Pero esto no basta: de los sistemas de moral filosófica resulta otro defecto esencial é irremediable. Mirándolos tambien por este lado y comparándolos con la moral religiosa, hallaremos que estano solo está exenta de él sino que en su lugar tiene una perfeccion.

No se busca únicamente una verdad especulativa en el principio de la moral, se quiere que sea un manantial de reglas para norma de la vida. Y todos los principios de moral humana son estériles y sin aplicacion, no porque dado un principio no pueda deducirse de él una regla, sino porque no da origen á reglas innegables, universales y perpétuas, reglas que todos deban reconocer una vez admitido el principio.

Hagamos brevemente este exámen sobre uno de aquellos, tal vez hoy dia el mas extendido, el que reduce todas las obligaciones morales al propio interés bien entendido; principio que supone que el interés privado coincide siempre con el público, de modo que sirviendo á los demás el hombre labra su propia dicha, y viceversa (1). Supongamos un hombre penetrado de este principio, y dispuesto sinceramente á conformar con él su conducta, supongamos que debe elegir una accion. Que hará para encontrar la regla? Examinará su interés. Qué hará para comprenderlo bien? Repasará todas las eventualidades de placer y de dolor que su accion puede producirle. Acaso tiene el porvenir delante de sí? ¿Conoce los efectos de los efectos, las circunstancias independientes de su accion que obran sobre él á consecuencia de aquella, las opiniones, los caprichos de los hombres, el posible cambio de sus propios sentimientos? Sin hablar del tiempo y del trabajo que requiere esta investigacion, dígame si puede conducir á un resultado. Este principio pues solo puede aplicarse á lo pasado; es principio de

observaciones y no de reglas. Me direis: examinando todas las acciones de los hombres, se vé que las virtuosas han aumentado el bien estar del que las ha obrado, las viciosas han llevado consigo su propio castigo. Demos que esto sea así; pero no es esto lo que yo pregunto; pregunto, de dos acciones entre las cuales debo escoger cuál me hará mas feliz? Decís que acuda á mi esperiencia? esta no basta; á la esperiencia de todos los tiempos? ni yo la conozco, ni me seria suficiente, porque necesito conocer los efectos de una accion sobre mí, dadas estas únicas circunstancias en que me encuentro. Decís que acuda al consentimiento universal? pero este no existe, y si existiese no seria una autoridad para mí: seria preciso suponer que los hombres no yerran cuando están acordes en fijar la utilidad ó perjuicio de una accion, y que sus observaciones unánimes son tambien aplicables á mi caso.

Pero así como segun este sistema en toda accion virtuosa se verifican dos condiciones, el bien del que la obra, y el bien público; no pudiendo prever el primero, ni deducir de él la regla de la accion, iré almenos á buscarla en el bien público con la seguridad de que si lo procuro habré tambien obrado mi propia felicidad. Pero es inútil estenderse en demostrar que esto tambien es imposible adivinarlo; que descubrir la suma de placer y de dolor que producirá á los otros mi determinacion, es cosa superior al entendimiento humano. Pero supongamos que uno lo consiga, que sepa que aquella accion de fijo es útil á los demás, y que se resuelva á ella: supongamos que por esta su accion (la hipótesis no es estraña) sea odiado, perseguido, atormentado: ¿será su accion acaso mala porque no ha sabido combinar el propio interés con el ageno? La buena conciencia, se responde, le sostiene y recompensa, y pone así en salvo su interés. ¿Pero la voz de la conciencia, preguntaremos, es segura y perpétua; produce á consecuencia de todas las acciones útiles al público un placer infaliblemente superior á todos los males que de ellas pueden resultar á sus autores, y una pena para todas las acciones dañosas superior á las ventajas? Si se asegura esto, deberá acudirse únicamente á la conciencia para regularse, con independencia de todo otro placer ó dolor; porque el dolor y el placer de la conciencia siendo infalible y preponderando siempre, me dará, segun el mismo sistema, una regla cierta de la virtud. Pero si no se asegura esto, si se dice que la retribucion de la conciencia puede faltar ántes con respecto al tiempo, pues que un hombre puede sentir placer de una accion perjudicial, y dolor de una accion útil,

(1) V. *Essai sur l'indifférence en matière de religion*. 3.^a edición. T. I, nota de las páginas 476-77.

y morir ántes que el remordimiento ó el consuelo de la conciencia traiga la pena y el premio; si se dice que esta retribucion es incierta pues depende de las circunstancias, de las ideas, y del temperamento del hombre sobre quien debe obrar; derivará de ello que la certidumbre de que una accion ha de ser útil al público no será suficiente para declararla virtuosa, para probar á uno que deba ejecutarla, puesto que no estará probado que haya de serle útil. Y si se dijese que aunque esta voz de la conciencia no sea infalible ni preponderante, debe sin embargo tenerse en cuenta, por ser notorio que causa placer ó dolor segun las acciones, y de ahí una probabilidad de premio y de pena, seguiríase que en igualdad de circunstancias extrínsecas las obligaciones no son iguales, porque el conocimiento del daño público podrá obligar á abstenerse al hombre de conciencia delicada que prevé que del ocasionarlo le prevendrá disminucion de felicidad, pero no al que sintiéndose aguerrido contra el remordimiento se promete la tranquilidad de ánimo: y los dos extremos del sistema, interés público, é interés privado, se combinaran en el primer caso, pero no en el segundo. Tales son (sin tantas otras indicadas de los moralistas pensadores) las consecuencias de este sistema: sistema absurdo porque se funda en la suposicion de un hecho que la realidad en mil ocasiones ha desmentido, á saber, que en esta vida el bien público coincida siempre con el bien particular del que obra; de un hecho que aun cuando fuese verdadero no podria demostrarse y establecerse como principio para el porvenir, pues nadie posee los datos necesarios para asegurar su realizacion en su caso. Y como el error es causa de error, este sistema es inaplicable en la práctica por las mismas razones que lo constituyen absurdo en principio.

Por lo demás obsérvese de paso que este sistema no es mas que la alteracion de una gran verdad propuesta por la religion: que obrando la justicia se obtiene la suma felicidad. Una filosofía arbitraria ha querido (si me es permitida esta espresion) eliminar en este cálculo la cifra de la vida futura, y ha salido el cálculo fallido.

Queda pues demostrado que de este principio no se pueden deducir en caso necesario las reglas de conducta: repito, las reglas ciertas; pues alguno podrá muy bien encontrar que en su caso proceda con mas probabilidad tal regla y adoptarla, pero no podrá convertirla en precepto, ni ella será tal que obligue á reconocerla á todos los que admiten el principio, so pena de no ser lógicos.

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO, POR LA DIVINA PROVIDENCIA, PAPA IX.

A todos los patriarcas, primados, arzobispos, obispos y demás ordinarios en gracia y comunión con la sede apostólica.

PIO IX, PAPA.

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.

Los beneficios de Dios Nos escitan á celebrar su bondad, por la cual nuevamente muestran la gracia con que Nos protege y la gloria de su Magestad. Porque ya termina el vigésimo quinto año desde que, por disposicion divina, tomamos el ministerio de este nuestro apostolado, época de tiempos calamitosos que conoceis perfectamente y no es preciso recordar. Y verdaderamente se ha manifestado, venerables hermanos, en la serie de tantos acontecimientos, que la Iglesia militante prosigue su camino en medio de frecuentes batallas y victorias; verdaderamente Dios modera y gobierna las vicisitudes de los tiempos y del mundo, que es escabel de sus piés; verdaderamente se sirve de instrumentos á menudo débiles y despreciables para cumplir así los designios de su sabiduría.

Jesucristo, Señor nuestro, autor y supremo moderador de la Iglesia, precio de su sangre, se ha dignado por los méritos del beatísimo Pedro, principe de los apóstoles, que siempre vive y preside en esta sede Romana, regir y sostener con gracia y virtud, y para mayor gloria de su nombre y bien de su pueblo, nuestra pequeñez y flaqueza por este largo tiempo de nuestra apostólica servidumbre. Por eso Nos, fortalecido por su divino auxilio y ayudado constantemente de los consejos de nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa Iglesia romana, y tambien varias veces de los vuestros, venerables hermanos, que reunidos en gran número aquí en Roma os habeis unido á Nos, ilustrando con el esplendor de vuestra virtud y unánime piedad esta cátedra de verdad, hemos podido en el tránsito de este pontificado, segun nuestros deseos y los del orbe católico, declarar con definicion dogmática la Concepcion Inmaculada de la Virgen, madre de Dios, y decretar los honores celestiales á muchos héroes de nuestra religion; y por ellos, y especialmente por la madre de Dios, no dudamos que vendrá un pronto auxilio á la Iglesia católica en tiempos que le son tan adversos.

Igualmente, por ayuda y gloria de Dios, hemos podido propagar la luz de la verdadera fe, enviando evangélicos obreros á diversas y á inhospitalarias regiones; establecer en muchas partes el orden de la gerarquía eclesiástica, y reprobado con solemne condenacion los errores contrarios á la razon humana y á las buenas costumbres, no menos que á la Iglesia y al estado, predominantes sobre todo en esta edad. Así tambien, con la ayuda de Dios, hemos procurado unir con vínculo de concordia, firme y estable en en cuanto hemos podido, la potestad eclesiástica y la civil, así en los países de Europa como en América, y proveer á muchas necesidades de la Iglesia oriental, á la cual desde el principio de nuestro apostólico ministerio hemos mirado siempre con paternal afecto; y Nos ha sido dado además emprender y promover la obra del ecuménico concilio del Vaticano, del cual, por conocidissimas causas, tuvimos que decretar la suspension cuando ya se habian recogido en parte grandísimos frutos y en parte eran esperados por la Iglesia.

Y nunca, por la gracia de Dios, hemos dejado venerables hermanos, de hacer aquello que han exigido los deberes y derechos de nuestro pontificado civil. Las felicitaciones y aplausos que, como recordais, acogieron el principio de nuestro pontificado, pronto se cambiaron en injurias y persecuciones de tal modo, que Nos obligaron á salir desterrado de esta nuestra amadísima ciudad. Y como por el comun deseo y por los ausilios y esfuerzos de todos los pueblos y príncipes católicos, fuimos restituidos á esta sede pontificia, constantemente dedicamos nuestra atencion y nuestras fuerzas, á promover y procurar en nuestros fieles súbditos aquella sólida y no faláz prosperidad que siempre tuvimos por el mas grave cargo de nuestro principado civil. Pero un vecino nuestro poderoso codició los países de nuestro temporal dominio, antepuso obstinadamente los consejos de las sectas de perdicion á nuestras paternales y reiteradas advertencias y querellas, y últimamente, como sabeis, traspasando con mucho la impudencia de aquel hijo pródigo de que nos habla el evangelio, combatió con la fuerza de las armas esta misma nuestra ciudad, que pedia para sí, y ahora contra todo derecho, la retiene en su poder como cosa de su pertenencia. No podemos menos, venerables hermanos, de sentirnos turbado en gran manera por la tan malvada usurpacion que sufrimos. Estamos llenos de dolor por tan inicuo propósito que al mismo tiempo tiende con la destruccion de nuestro principado civil á borrar de la tierra nuestra potestad espiritual y el reino de Cristo, si tal cosa pudiera suceder: estamos llenos de dolor al ver tantos y tan graves males, especialmente aquellos que ponen en peligro la eterna salvacion de nuestro pueblo, en cuya amargura, nada Nos es tan triste como no poder aplicar los remedios necesarios á tantos males, por estar tan oprimida nuestra libertad.

A estas causas de nuestra tristeza se agrega, oh venerables hermanos, lá prolija y deplorable serie de calamidades y de males que durante un largo tiempo han rodeado y afligido á la nobilísima nacion francesa, y que en estos últimos dias han sido inmensamente acrecentados con tan inauditos escesos cometidos por una turba de hombres feroces y perdidos, especialmente el atroz, perverso é impío parricidio perpetrado en la persona de nuestro venerable hermano el arzobispo de Paris: y por cierto que bien comprendereis hasta qué punto Nos hayan afectado cuando tan grande horror y espanto han causado en todo el mundo. Por último, venerables hermanos, cáusanos mayor amargura todavía el ver á tantos hijos rebeldes, ligados por tantos y tan graves vínculos y censuras, seguir en su camino sin atender á nuestra voz paternal ni curarse de su salvacion, despreciando la ocasion de penitencia que Dios les ofrece, y prefiriendo arrostrar contumaces la venganza divina á gustar, ahora que aun es tiempo, el fruto de misericordia.

Ahora bien, en medio de tantas contrariedades, vemos ya llegado, por la proteccion de Dios clementísimo, el aniversario de nuestra exaltacion, en el cual así como sucedimos al Bienaventurado Pedro en su sede, aunque tan distante de sus merecimientos, Nos hallamos con serle iguales en los años de la duracion de su apostólica servidumbre. Es este por cierto un nuevo, singular y grande presente de la dignacion de Dios, que á Nos únicamente ha querido otorgarle entre tantos santísimos predecesores nuestros en el largo período de diez y nueve siglos. Lo cual nos muestra tanto mas admirable la benignidad divina, cuanto que

Nos vemos en este tiempo considerados dignos de padecer persecucion por la justicia, y notamos el maravilloso afecto de devocion y de amor de que tan fuertemente animado está el pueblo cristiano en todas las regiones de la tierra, y que con impetu tan unánime viene impulsado hácia esta santa sede. Y como quiera que estos dones se nos otorgan sin merecimiento alguno de nuestra parte, Nos hallamos verdaderamente sin fuerzas proporcionadas para dar á Dios las gracias que con tan justo título le son debidas.

Por lo cual, mientras pedimos á la inmaculada Virgen madre de Dios que nos enseñe á rendir gloria al Altísimo con aquel mismo espíritu con que ella le rindió con las sublimes palabras: *Fecit mihi magna qui potens est*, con todo corazon os rogamos, venerables hermanos, que eleveis con Nos al Todopoderoso cánticos é himnos de alabanza y de accion de gracias, junto con los fieles confiados á vuestros cuidados. Engrandeced conmigo al Señor, diremos con las palabras de Leon Magno, y exaltemos diariamente su nombre, á fin de que toda la gloria de las gracias y misericordias que recibamos, se conviertan en loor de su autor. Significad á vuestros pueblos nuestra ardiente caridad y el vivo reconocimiento de nuestro ánimo por los ilustres testimonios de su filial piedad hácia Nos, por los obsequios por tanto tiempo y con tanta perseverancia prestados. Por lo tanto, Nos, en cuanto á lo que á Nos atañe, pudiendo repetir las palabras del real profeta: *Incolatus meus prolongatus est*, tenemos necesidad del ausilio de vuestras oraciones para conseguir la fuerza y la confianza de devolver nuestra alma al pontífice de los pastores, en cuyo seno está el refrigerio de los males de esta turbulenta y laboriosa vida, y el bienaventurado puerto de la eterna paz y tranquilidad.

Y á fin de que se conviertan en mayor gloria de Dios cuantos beneficios, por bondad suya han redundado de nuestro pontificado, abriendo en esta ocasion el tesoro de las gracias espirituales, os acordamos venerables hermanos, con nuestra autoridad apostólica la facultad de dar en vuestras respectivas diócesis, el dia décimo sexto ó el vigésimo primero de este mes ó en cualquier otro dia que establezcáis á vuestro arbitrio, la bendicion papal con las aplicaciones de la indulgencia plenaria en la forma acostumbrada por la Iglesia.

Deseando además proveer al espiritual aliento de los fieles, á tenor de las presentes letras, concedemos en el Señor que todos los fieles, tanto seglares como regulares de ambos sexos, cualquiera que sea el lugar en que residan de vuestra diócesis, que confesados y comulgados hayan rogado á Dios devotamente por la concordia de los príncipes cristianos, extirpacion de las heregias y exaltacion de la santa madre Iglesia, en el mismo dia que vos, por autoridad nuestra, hayais escogido y designado para dar la susodicha bendicion ó en las diócesis en que la sede catedral esté vacante, haya sido escogido y designado por los vicarios capitulares que os sucedan *pro tempore*, puedan y logren conseguir indulgencia plenaria de todos sus pecados. No dudamos que en esta ocasion el pueblo cristiano acudirá mas eficazmente escitado á orar, y que multiplicadas así las oraciones, se hagan merecedores de obtener aquella misericordia que la vista de tantos males presentes no Nos permite dejar de implorar.

Entre tanto, venerables hermanos, pedimos á Dios omnipotente constancia, celestial esperanza y toda consideracion;

y prueba y testimonio de nuestra particular benevolencia sea nuestra apostólica bendición que á vos, al clero y al pueblo que respectivamente os está encomendado, damos con plena abundancia de nuestro corazón.

Dado en san Pedro de Roma el día 4 de junio, consagrado á la santísima Trinidad, del año 1871, vigésimo quinto de nuestro pontificado.—PIO PAPA IX.

CRÓNICA.

De una carta escrita por un mallorquin á su familia y fechada en Roma el 22 de mayo, extractamos lo siguiente:

«Días hace que va corriendo por esta una voz, no sé si bien ó mal fundada, ó si se propala únicamente con refinada malicia. Dicese que el municipio de esta ciudad, de acuerdo ó por orden del gobierno italiano, ha determinado celebrar grandes fiestas para solemnizar el pontifical jubileo de nuestro santísimo padre Pio IX. Partiendo del principio que tal noticia no carezca de fundamento, no titubeo en decir que solamente á uno de tres fines puede conducir la determinación del municipio, y por cierto que ninguno serviría para demostrar lo que pretende. O será un parto de finísima hipocresía para secundar las miras aun mas hipócritas del gobierno italiano, y engañar, si posible fuera, no solo á la inmensa mayoría de los romanos sino al mundo católico entero, que en este día manifestara sus vivas simpatías al pontífice soberano; ó será un medio el mas infame y atrevido para que los católicos extranjeros, que habian determinado pasar á esta con el objeto de echarse á los piés de su amado padre y felicitarle, se retraigan de hacerlo obligados por las críticas y comprometedoras circunstancias en que se encontraría la ciudad; ó bien un acto de execrable maldad para conseguir de una vez que el padre santo, á fin de evitar los *Ave Rabbi* de sus nuevos crucificadores, abandone á su cara Roma y les libre á ellos de su presencia, que es una traba continua de sus inieños proyectos y una elocuente reconvencción á sus iniquidades. Pero sea cual fuere la causa que les induzca y anime á llevar á efecto semejante plan, bien conocen los romanos, y con ellos el mundo entero, que el municipio de Roma no se ha propuesto, ni es posible que se proponga honrar en tan solemne dia á la augusta víctima que sufre con resignación la rebelde conducta de sus desconocidos é ingratos hijos. Sobre este asunto se espresa muy bien un periódico de esta ciudad diciendo: «Un municipio revolucionario no puede meditar y resolver mas que cosas dañosas y contrarias á la Iglesia y al papado, y por consiguiente á la felicidad y grandeza de Roma. Si persiste en su maligno intento y lleva á cabo estas demostraciones y fiestas, nosotros los católicos nos abstendremos de concurrir á ellas, iremos á la iglesia é imploraremos la protección del Altísimo en favor de nuestro padre y rey, prisionero y angustiado en el mas bello de sus dias: mientras una pluma quede en nuestra mano le enviaremos una firma, si un pequeño óbolo nos resta con él lo dividiremos, y hasta el postrer suspiro rogaremos á Dios por su triunfo.»

Creo que no será fuera de propósito el referiros un suceso maravilloso que tuvo lugar en esta de Roma el 7 del corriente mayo, aunque tal vez por los periódicos os hayan llegado ya algunas noticias. La Iglesia no ha fallado todavía declarando su autenticidad, y al contarlo, me apoyo únicamente en el testimonio de personas que creo bien informadas y fidedignas.

Hacia ya ocho meses que una maestra, perteneciente á las escuelas pias de niñas, llamada Victoria Romanelli, de 25 años de edad se veía atormentada por una molestísima *herpés escamosa* que la cubria de piés á cabeza. Vivía en Viterbo y los médicos la aconsejaron que pasase á Roma donde encontraría mas fácilmente medios de restablecer su salud. Vino aquí por el mes de octubre último y, apesar de haberse ensayado nuevos sistemas de curación la enfermedad tomó cre-

ces, hasta que llegando á últimos del pasado abril se le unieron una fluxion de sangre y una fiebre nerviosa que en breve la llevaron al borde del sepulcro, de modo que perdida toda esperanza el médico dispuso que la sacramentaran. El primer domingo de mayo la enfermedad tomó un aspecto aun mas alarmante, y cuando ya se aguardaba que exhalase el postrer suspiro se le apareció en vision la fundadora de su instituto, la V. M. Rosa Venerini, fallecida en 1728 cuyo cuerpo descansa en la iglesia de Jesus, y le anunció que despues de medio dia vendrian á visitarla y traerle algun consuelo su madre Generalesa y algunas de sus hermanas religiosas. Y en efecto así sucedió. A la hora predicha ballábanse alrededor de su lecho la espresada Generalesa, la priora del convento de Santo Tomas y dos hermanas religiosas, quienes sabiendo la devoción que profesaba la enferma á su fundadora le traian una reliquia de la misma que tomó la enferma mezclada con un poco de agua. Apenas la hubo sorbido exclamó: «hé aquí nuestra madre que nos dá su bendición.» Las que la rodeaban no hicieron caso de estas palabras creyéndolas efecto de la fiebre que la consumia: á poco tiempo vino el médico y aseguró ser imposible que llegase á la media noche. Pero entrada esta se le aparece por tercera vez su V. protectora, que rodeando la cama y tocándole el cuerpo hecho una llaga, con la cinta de su vestido le dice: «hija estás completamente sana.» Desapareció la vision, despertó la enferma de su mortal letargo, sintió que recobraba sus fuerzas primitivas, y sentándose sobre el lecho vió como se le caian las escamosas costras de las llagas que cubrian su cuerpo. Eran las cuatro y tres cuartos de la madrugada. Baja del lecho, vístese sin necesidad de ayuda, entra en la capilla doméstica, sale luego de casa y va á visitar y participar el prodigio á su madre Generalesa y á la priora de Santo Tomas. La sorpresa que estas recibieron es mas para imaginada que para descrita pues veian sana y robusta á la que pocas horas antes habian dejado en el estremo de la vida. No le quedó mas rastro de la enfermedad que las señales amaratas de las llagas que dentro de pocos dias desaparecieron. La curia romana está instruyendo las diligencias oportunas para la confirmación de tan señalado portento.»

El sábado próximo, fiesta de san Juan Bautista, es el dia señalado en esta diócesis para la celebración del jubileo pontificio. En la Santa Iglesia estará espuesta S. D. M. durante todo el dia, y despues de la misa mayor nuestro Exmo. Prelado dará la bendición papal, con indulgencia plenaria á todos los fieles que la reciban convenientemente preparados. Tenemos noticias de que el fausto acontecimiento que llena de júbilo al orbe católico, será tambien solemnizado en esta capital con grande esplendor y magnificencia; mas no podemos todavía anunciar los pormenores de los religiosos festejos, cuyos preparativos se están haciendo y de los cuales es de esperar que serán evidente prueba de que nuestros conciudadanos no consienten en quedar desairados al tratarse de manifestar públicamente su adhesión á la Iglesia católica y su entrañable afecto al pastor supremo que ha tenido ya la dicha de regirla por espacio de veinte y cinco años.

Para las ocho y media de la noche de hoy quedan especialmente convocados todos los individuos de la *Asociación de Católicos*, á fin de que concurran al local acostumbrado donde ha de tratarse de este mismo asunto.